

Carmelo Mesa-Lago
ENTREVISTO
por Rafael Rojas

Volver a una Cuba en transición

Rafael Rojas (R.R.): *Carmelo, me gustaría que comenzáramos esta conversación para los lectores de Encuentro con una evocación de tus días habaneros. Tengo entendido que estudiaste Derecho en la Universidad de La Habana en los años de la brusca transición de Prío a Batista. ¿Qué recuerdas de aquella época?*

Carmelo Mesa-Lago (C.M.-L.): Mi familia siempre vivió en La Víbora y me intrigaba el nombre porque en Cuba no hay ese reptil. En 1979 le pregunté a Eusebio Leal de dónde salía. Él me contó que esos terrenos originalmente pertenecían a una vieja arpía a quien todo el mundo le decía *La Víbora* y, por extensión, se le quedó el apodo al barrio. Entré en la Universidad de La Habana en 1951, y en marzo del año siguiente fue el golpe de Estado de Batista, de manera que los cinco años de la carrera de Derecho estuvieron interrumpidos por frecuentes cierres de la Universidad, y la incógnita permanente de si concluiríamos o no nuestros estudios. Siendo uno de los redactores de la memoria de nuestro curso, escogí como su símbolo «Si llega la Nave de Asia», una figura del Derecho Romano que implica un compromiso aleatorio. Previendo que iban a cerrar la Universidad, escribí mi tesis durante el quinto año de la carrera y la presenté de inmediato al terminar el último examen de asignatura. Sólo nos graduamos seis en 1956 porque la Universidad se clausuró en octubre y no volvió a abrirse hasta después del triunfo de la Revolución.

R.R. *Ya desde entonces comienzas a interesarte por los temas de seguridad social en América Latina y Cuba. ¿Por qué no nos hablas un poco de tus estudios de posgrado en España y de tu interesante experiencia en el primer gobierno revolucionario, con el ministro de Trabajo Manuel Fernández?*

C.M.-L. Aunque puedes tener la visión de que soy muy organizado y planificado, creo con firmeza que el curso de mi carrera no ha sido el resultado de un plan deliberado, sino trazado por el azar, el destino, la suerte o la divina providencia. Yo no tenía un tema concreto que me interesara en Derecho,

aunque sí una inclinación por lo social. Por ello estudié duro para el premio especial de Derecho Laboral y lo gané. Sin embargo, sorpréndete, mi tesis fue sobre un tema abstruso y aburrido de Derecho Hipotecario, pero se publicó y ganó el premio del Colegio de Abogados de La Habana al mejor libro de Derecho en 1958, y me lo entregó Fidel Castro en un acto celebrado en dicho colegio en 1959. Sólo se vendió una docena de ejemplares de ese libro impenetrable, comprados por familiares y amigos generosos, una clara señal de que tenía que cambiar de tópico. Tenía mucho interés en estudiar un doctorado en Derecho en España y gané una beca en 1957 para hacerlo en la Universidad Complutense, pero seguía buscando un tema de especialización. A los pocos días de mi llegada a Madrid, me encontré en un tranvía de la Ciudad Universitaria con una compañera de curso que me habló de un programa que ofrecía la Organización Iberoamericana de Seguridad Social (oiss). Me interesó el tema, me matriculé y terminé escribiendo mi segunda tesis sobre «Planificación de la Seguridad Social en Cuba», la cual ganó el premio del Colegio Iberoamericano a la mejor tesis escrita por un hispanoamericano en 1958. Yo proponía en ella la unificación de 54 «cajas de retiro» (como se le llamaba a los seguros sociales de jubilaciones y pensiones) que había en Cuba y tuve que mantenerme recio frente al Secretario General de la oiss y uno de mis directores de tesis, el cual sostenía que esa propuesta no era factible. Regresé a Cuba en octubre de 1958 y el 8 de enero de 1959 me sorprendió una llamada del ministro de Trabajo Manuel Fernández. En su despacho él me dijo que sabía de mi tesis en Madrid sobre la unificación del seguro social y me propuso que me hiciera cargo de ese proyecto. ¿Te imaginas el sueño de un recién graduado de llevar a la práctica lo propuesto en teoría en su tesis? Más aún, tenía la oportunidad de demostrarle a mi maestro, una autoridad mundial en la materia, que mi propuesta sí era factible (la oiss eventualmente publicó mi tesis). Acepté, coordiné la ayuda técnica con la Organización Internacional del Trabajo, dirigí la redacción de la ley que creó el Banco de Seguros Sociales de Cuba (estipulado en la Constitución del 40 pero no materializado hasta entonces), y trabajé seis meses sin sueldo en ese proyecto. Para complicar las cosas, como ganador del Premio Dolz de la Facultad de Derecho, yo tenía un puesto de abogado de oficio en la Audiencia de Matanzas y me asignaron la defensa de criminales de guerra batistianos a los que los abogados pagados no querían defender. Así que viajaba temprano en la mañana para los juicios, los cuales eran muy difíciles pues la masa se aglomeraba y nos gritaba improperios por defender a los acusados. Aun así saqué libres a varios de ellos que eran inocentes, pero me fusilaron a más. Cuando regresaba a La Habana, me iba al Ministerio, pero a Fernández le gustaba trabajar por la madrugada y con frecuencia tenía que esperar horas para entrevistarme con él. En fin, a mediados de 1959 se estableció el Banco, pero sólo duré unos meses en el cargo de Secretario General, pues ocurrieron varios percances. Carecía totalmente de experiencia política y se me ocurrió hacer un estudio para reducir a la

mitad los 3.000 empleados que había en las cajas de retiro, basado en la unificación de las mismas, y usar el ahorro para aumentar las míseras pensiones. Reaccionando a este proyecto, los empleados se lanzaron a una manifestación callejera pidiendo mi cabeza. Luego Fidel se apareció dos veces en el Banco, solicitando primero 40 millones de pesos (del fondo de pensiones de los trabajadores) para la reforma agraria y después otros 60 millones. Así que mi breve experiencia como burócrata de la seguridad social terminó con la renuncia: mi puesto (con sueldo) duró lo que un merengue en la puerta de un colegio.

R.R. *Ya en el exilio, tus primeras aproximaciones a los estudios cubanos están relacionadas con el proyecto del Grupo Cubano de Investigaciones Económicas, en la Universidad de Miami, encabezado por el ministro de Hacienda de Prío, José Álvarez Díaz.*

C.M-L. Cuando decidí irme de Cuba, lo hice a España, pues no tenía conexiones en Estados Unidos, pero pronto me percaté de que había un «excedente» de abogados en Madrid y que era mejor probar fortuna en los EE. UU. A través de un abogado norteamericano que había conocido en un congreso de derecho internacional en La Habana, conseguí un puesto de instructor de español en la Universidad de Oklahoma (lo único que podía enseñar, pues mi inglés era el aprendido con los libros de Jorrín). Pero aquí de nuevo intervino la suerte o lo que sea. Al llegar a Nueva York en «el ataúd volante» (un avión fletado para transportar refugiados por el International Rescue Committee) llamé a mi hermana, que ya estaba en Miami, y ella me informó de que el Grupo Cubano de Investigaciones Económicas (GCIE) de la Universidad de Miami estaba buscando un experto en derecho del trabajo y seguridad social. Cancelé mi vuelo a Oklahoma y me fui a trabajar con el GCIE desde 1962 hasta 1965. Si no hubiese sido por el azar, me hubiera dedicado a la literatura o a la filosofía y estaríamos en competencia. Indagué en la Universidad de Miami si era posible hacer una licenciatura en Derecho, pero de los casi siete años que tenía en esa carrera sólo me aceptaban uno de tres que requería la licenciatura. Como ya estaba saturado del derecho y el GCIE estaba localizado en el departamento de economía, decidí hacer una maestría en esa disciplina. Escribí mi tercera tesis sobre el «Trabajo y la distribución en Cuba socialista» y tuve la suerte de que fuese aceptada casi enseguida para publicación.

R.R. *Cuéntame de tus estudios doctorales en la Universidad de Cornell y de la Universidad de Pittsburgh, donde has escrito lo fundamental de tu obra y desde donde has impulsado tantos proyectos memorables.*

C.M-L. Mi director de tesis en la Universidad de Miami me recomendó para el doctorado en la Universidad de Cornell, que tiene uno de los mejores programas sobre relaciones industriales y seguridad social en los EE. UU. Sobreviví los terribles inviernos en Ithaca y el intento fútil de aprender ruso para hacer investigación (una combinación que me hacía sentir en Siberia), gracias al matrimonio con Elena, la cual se reirá al leer esto pues siempre está con la cantaleta que yo me casé por hambre y ella es una cocinera *gourmet*. Mi

cuarta tesis fue «Problemas de empleo en economías socialistas», comparando a Cuba con la URSS, China y Yugoslavia. Al terminar, necesitaba empleo, y la Administración de Seguridad Social de EE. UU. me ofreció un puesto, pero me interesaba más el mundo académico. Cuando estaba en la oficina de la mecanógrafa encargada de mi tesis, me encontré con un compañero de cursos en Cornell cuya tesis también estaba siendo mecanografiada allí, y éste me informó de que la Universidad de Pittsburgh buscaba un director auxiliar para su programa de estudios latinoamericanos, combinado con una posición de profesor asistente en economía (lo que llamábamos en Cuba una «ley retrato»). Hice la solicitud, obtuve el puesto y me vine a Pittsburgh donde he residido por casi cuatro décadas. Si no hubiese sido por ese encuentro casual en la oficina de la mecanógrafa, hubiese regresado a la carrera de burócrata de la seguridad social, aunque quizás con más suerte que en Cuba.

En la Universidad de Pittsburgh fui ascendiendo hasta que me nombraron director del Centro de Estudios Latinoamericanos y después me crearon un puesto (*chair*) de catedrático distinguido en economía y estudios latinoamericanos. En 1971, por encargo de la Biblioteca del Congreso, fundé *Cuban Studies/Estudios Cubanos*, que primero fue un boletín, luego una revista, y por último, un anuario. También desarrollé lo que quizás fue en su cenit el mejor programa de estudios sobre Cuba en Estados Unidos. Como parte de ello organicé media docena de seminarios internacionales sobre Cuba (uno incluyó académicos de la Isla), todos los cuales se convirtieron en libros, y auspicié el primer festival de cine cubano, así como la traducción y presentación de obras de teatro cubano. La colección de Cuba revolucionaria en la universidad se convirtió en una de las mejores del mundo. En 1979 fui elegido presidente de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) y conseguí que se celebrara su congreso de 1980 en la Universidad de Pittsburgh; como resultado de mis esfuerzos, a dicha reunión por primera vez asistieron académicos cubanos.

- R.R.** *Carmelo, muchos colegas y discípulos tuyos destacan que uno de tus principales aportes a los estudios cubanos, desde principios de los 70, con Revolutionary Change in Cuba, fue la atención que siempre le concediste al trabajo con las estadísticas oficiales, al procesamiento de la información primaria de la Isla.*
- C.M.-L.** *Revolutionary Change in Cuba (Cambio Revolucionario en Cuba), producto de uno de los seminarios internacionales en Pittsburgh, fue una de esas compilaciones de múltiples estudios en las que el editor —si hace un buen trabajo— llega a la conclusión de que hubiese sido más fácil escribir todo el libro. Resultó ser un pionero por su carácter multidisciplinario (incluía temas de economía, política, sociología y humanidades) y por su intento de analizar un tema tan controvertido con un enfoque académico objetivo. La parte de economía (en la que yo tenía dos contribuciones) reunía abundantes estadísticas y utilizaba fundamentalmente información procedente de Cuba. Pero antes de ese libro publiqué mi larga (¿aburrida?) monografía sobre la disponibilidad y confiabilidad de las estadísticas cubanas, que para mi sorpresa fue aceptada en Latin American Research Review, en un mes, sin*

cambios, y publicada (debido a su extensión) en dos números consecutivos de la revista. No ahondo en esto porque este tema es tratado en detalle en otra parte de este número por Jorge Pérez-López y Jorge Domínguez.

R.R. *¿Qué podrías decirnos sobre la tensión permanente entre análisis e ideología que experimentamos los académicos e intelectuales del exilio?*

C.M-L. Ciertamente he sufrido toda mi vida esa tensión. Por una parte, como seres humanos tenemos prejuicios que son difíciles de erradicar o, al menos, controlar, los cuales vienen de nuestra formación, principios, etc. Por otra parte, está el deseo de enfocar los temas controversiales de la manera más objetiva posible. Yo siempre digo que es imposible ser 100 por 100 objetivo en las ciencias sociales, pero he tratado de ser lo más imparcial posible, aunque no siempre con éxito. Esta actitud me acarreó la crítica de ambos extremos del espectro ideológico cubano: de la derecha del exilio, a la que le molestaba que yo reconociera los avances sociales de la Revolución y, en la otra orilla, de la dirigencia cubana irritada por mis críticas a sus descabelladas políticas económicas.

R.R. *Alejandro de la Fuente ha recordado que algunos de los miembros de nuestra generación escuchamos hablar de tu trabajo, por primera vez, en conversaciones con Manuel Moreno Fraginals. En mi caso, recuerdo que Moreno se refería a menudo al dilema entre idealismo carismático y pragmatismo institucional que debió de enfrentar la política económica de la Isla en los años 60 y 70, y que tú desarrollaste en tu libro *Dialéctica de la Revolución Cubana* (1979). ¿Qué ha pasado en las dos últimas décadas? ¿Crees que aquella disyuntiva ha persistido?*

C.M-L. Como todo maestro y escritor, una de mis satisfacciones mayores es conocer que tenemos influencia en la nueva generación que eventualmente nos sustituirá y profundizará el conocimiento. Pero me es especialmente grato saber que mi obra ha tenido impacto en los intelectuales cubanos, en particular en los jóvenes. Mencionas a Manuel Moreno Fraginals y quiero decir algo sobre él; por supuesto que yo había leído (bebido como guarapo) su insuperable *El ingenio*, así que decidí invitarlo a que diese una conferencia en Pittsburgh sobre la situación de la industria azucarera cubana. Fue una revelación por su conocimiento deslumbrante, candidez inusual, atrevimiento peligroso y lucidez. Este primer encuentro cimentó nuestra amistad y le dediqué a él —así como a Leví Marrero y Carlos Díaz Alejandro, los tres grandes historiadores económicos cubanos contemporáneos— mi libro *Buscando un modelo económico para América Latina ¿Mercado, socialista o mixto?*, una modesta —en relación con la obra de los tres maestros— indagación de historia económica comparativa de Cuba, Costa Rica y Chile.

Déjame ahora responder a tu pregunta central sobre el conflicto entre el idealismo carismático y el pragmatismo institucionalista en las dos últimas décadas. En los años 70, después del fracaso de la zafra de los 10 millones y el subsiguiente descalabro económico, parecía que la institucionalización adquiriría fuerza, pero el poder omnímodo de Fidel eventualmente prevaleció y se reafirmó a mediados de los 80 con el despido y juicio a Humberto Pérez, quien había estado a cargo de la planificación por más de una década

y contribuido al crecimiento económico más alto durante toda la Revolución. Es ilustrativo que Fidel escogiera a Raúl Castro, que había enviado a Humberto a entrenarse en la URSS, para presidir el juicio y que, después de su condena, Humberto desapareciera de la historia. En los 90 de nuevo pareció que Fidel, acosado por la crisis más tremenda bajo la Revolución, cedía parte del poder económico a las empresas, al sector no estatal, a la inversión extranjera y al mercado, todo lo cual promovió la recuperación económica a partir de 1994. Pero en 1996 se paralizó la reforma y en los dos últimos años ha tenido lugar un retroceso hacia la centralización estatal y el control económico por la cúpula del poder. Ojalá que Carlos Lage y José Luis Rodríguez no sigan el mismo camino que Humberto Pérez. La historia socialista de Cuba demuestra que Fidel ha cedido una pequeña parte de su poder cuando el régimen se ha visto amenazado pero, una vez superado el peligro, ha recogido velas y reforzado su control. La lógica política ha prevalecido por casi medio siglo sobre la lógica económica y el bienestar del pueblo.

R.R. *Carmelo, tú llevas más de tres décadas de relación polémica con académicos y funcionarios de la Isla, con los cuales tienes diferencias ideológicas y políticas. ¿En qué estado se encuentra, actualmente, ese intercambio? ¿Qué reflexión derivas de esa larga y difícil comunicación?*

C.M-L. Mis lazos con muchos académicos cubanos son excelentes y admiro la obra de varios de ellos, pero mis relaciones con los dirigentes y funcionarios siempre han sido muy tensas y actualmente nulas. En 1978 regresé a Cuba para el diálogo, y la relación con la burocracia fue difícil pero soportable. Volví en 1979, y con varios colegas me fui a la Biblioteca Nacional para indagar si los libros que habíamos entregado en la visita anterior estaban catalogados, pero no lo estaban. En una reunión pública y nutrida con Alfredo Guevara le pregunté por qué no estaban catalogados nuestros libros; él me contestó que sí lo estaban pero en una colección especial abierta sólo para lectores cualificados; yo le espeté que eso me recordaba el Índice de los Libros Prohibidos de la Iglesia Católica, que sólo podían leer los que tenían una fe probada; un Guevara *touché* me respondió que algún día mis trabajos se darían a conocer, pero con «la crítica necesaria». Regresé en 1980 para asistir a un seminario del Instituto de Estudios Cubanos en La Habana, en el que el enfrentamiento llegó al máximo. Recuerdo que llegué de noche y pedí que me entregaran las estadísticas que nos habían prometido, no dormí preparando mi presentación, que demostraba que el plan quinquenal de 1976-1980 había fracasado. Muy temprano en la mañana me fui al salón de la conferencia y llené la pizarra con mis cifras demoledoras. Cuando llegó el equipo cubano se quedó boquiabierto. Alfredo Guevara se encargó de la contraofensiva, que consistió en tratar de dividirnos (nosotros éramos 15 y todos pensábamos distinto, mientras que ellos constituían un bloque monolítico). Una de sus tácticas fue acusarnos de que nuestro trabajo crítico ayudaba a «la CIA y otros enemigos de la Revolución» y yo argumenté que, por el contrario, podía ayudar al gobierno cubano si tomaba en serio nuestras críticas para corregir sus errores económicos.

Como había predicho Guevara, mis trabajos fueron dados a conocer con la crítica necesaria; ello ocurrió en 1983-85 como parte de una pelea cubana contra los demonios: la llamada «Cubanología». José Luis Rodríguez escribió varios trabajos en los que, además de criticar mi obra, me acusaba de ser el dirigente de una campaña supuestamente académica, manejada desde Pittsburgh, para desacreditar a la Revolución. Dos cosas positivas resultaron de este enfrentamiento: una carta de Moreno en la que me decía que él no criticaba, sino que admiraba mi trabajo, y la publicación, en revistas económicas en Cuba, de dos de mis respuestas a la crítica, seguidas de apostillas de José Luis Rodríguez.

En mis tres primeras visitas, había trabajado para desarrollar el primer intercambio académico entre una universidad cubana (la de La Habana) y una norteamericana (la de Pittsburgh). En 1985, Wesley Posvar, el rector de nuestra Universidad, iba a viajar conmigo a Cuba para firmar el convenio preliminar, pero me negaron la visa; a pesar de esto, yo apoyé que Posvar fuera de todas formas, él firmó el convenio preliminar y yo lo revisé después en Pittsburgh. Cuando el rector de la Universidad de La Habana, Fernando Rojas, tu padre, pidió la visa a los Estados Unidos para firmar el convenio final en Pittsburgh, se la negaron. Lo que indica que la intransigencia de ambas partes puede más que la razón.

Viajé otra vez a La Habana en 1990 para participar en un seminario sobre la economía de Cuba, en el que participó, entre otros, José Luis Rodríguez, y fue una actividad muy fructífera creo que para ambas partes. También me invitaron a dar algunas conferencias a las que asistió mucha gente y conocí a varios economistas jóvenes cuyos trabajos había leído. Cuba estaba entonces encarando el derrumbe del campo soviético y aparentemente se abría a varias alternativas. En esa reunión limamos asperezas y José Luis Rodríguez me contó que, para poder referirse públicamente a mis trabajos, él había tenido que hacer una crítica muy fuerte de los mismos. Luego José Luis Rodríguez fue nombrado ministro de Economía y Planificación y mantuvimos por un tiempo un intercambio de publicaciones y mensajes, que eventualmente se interrumpió.

En 2002 me invitó la viceministra de Trabajo y Seguridad Social para participar en un seminario internacional de seguridad social en La Habana. Yo envié mi ponencia, mi nombre apareció en el programa e incluso había concertada una entrevista con dos funcionarios del Ministerio de Finanzas para discutir un trabajo mío sobre la reforma de pensiones en Cuba (la vuelta a la semilla). Solicité la visa por dos vías distintas y nunca la recibí. Allá en La Habana, varios colegas se quedaron esperando. Pienso que la negación de la visa se debió a la publicación ese año de mi libro *Buscando un modelo económico en América Latina*, en el que Cuba sale mal parada en las comparaciones socioeconómicas con Costa Rica y Chile.

Respondiendo a tu pregunta después de este largo exordio, la reflexión tristemente cínica que derivó de casi tres décadas de relaciones con funcionarios cubanos es que ellos probablemente abrigaron la esperanza inicial de

que me «ablandarían» a cambio de permitirme viajar a la Isla, o sea, que pretendían que mi crítica se suavizase y, quién sabe, tal vez se trocase en loa. Pero como yo no mordí el anzuelo y mantuve mi posición de análisis terca-mente objetivo, ellos llegaron a la conclusión de que yo era «incorregible» y que estaban perdiendo el tiempo.

R.R. *En el homenaje que se te rindió en el Instituto de Estudios Cubanos, el pasado verano en Miami, confesaste que todavía sueñas con regresar a la Universidad de La Habana. ¿Quieres hablar un poco de ese sueño, o te lo reservas para tus tardes en Pittsburgh?*

C.M-L. Ya que mencionas el homenaje, quiero resaltar que éste no fue sólo para mí, sino también para mi esposa Elena, que por treinta y ocho años ha escuchado con paciencia mis preocupaciones, ocupándose de las cosas fundamentales mientras yo cosechaba laureles. Si he tenido éxito en mi carrera, se debe a su amor, apoyo y alegría constantes.

Siempre sueño con Cuba en Pittsburgh, antes aún más en el invierno, pero ahora los paso en Miami, donde también añoro a la Isla. Te ratifico lo que dije en el homenaje: mi mayor ilusión es regresar a la Universidad de La Habana y dar una conferencia en el Aula Magna Félix Varela, donde pronuncié unas palabras en representación de mi curso en 1956. Espero vivir para volver a una Cuba en la transición hacia la prosperidad y la democracia, con justicia social y esperanza de un futuro mejor.



Conocimiento II,
Óleo sobre fotomontaje, 1982.